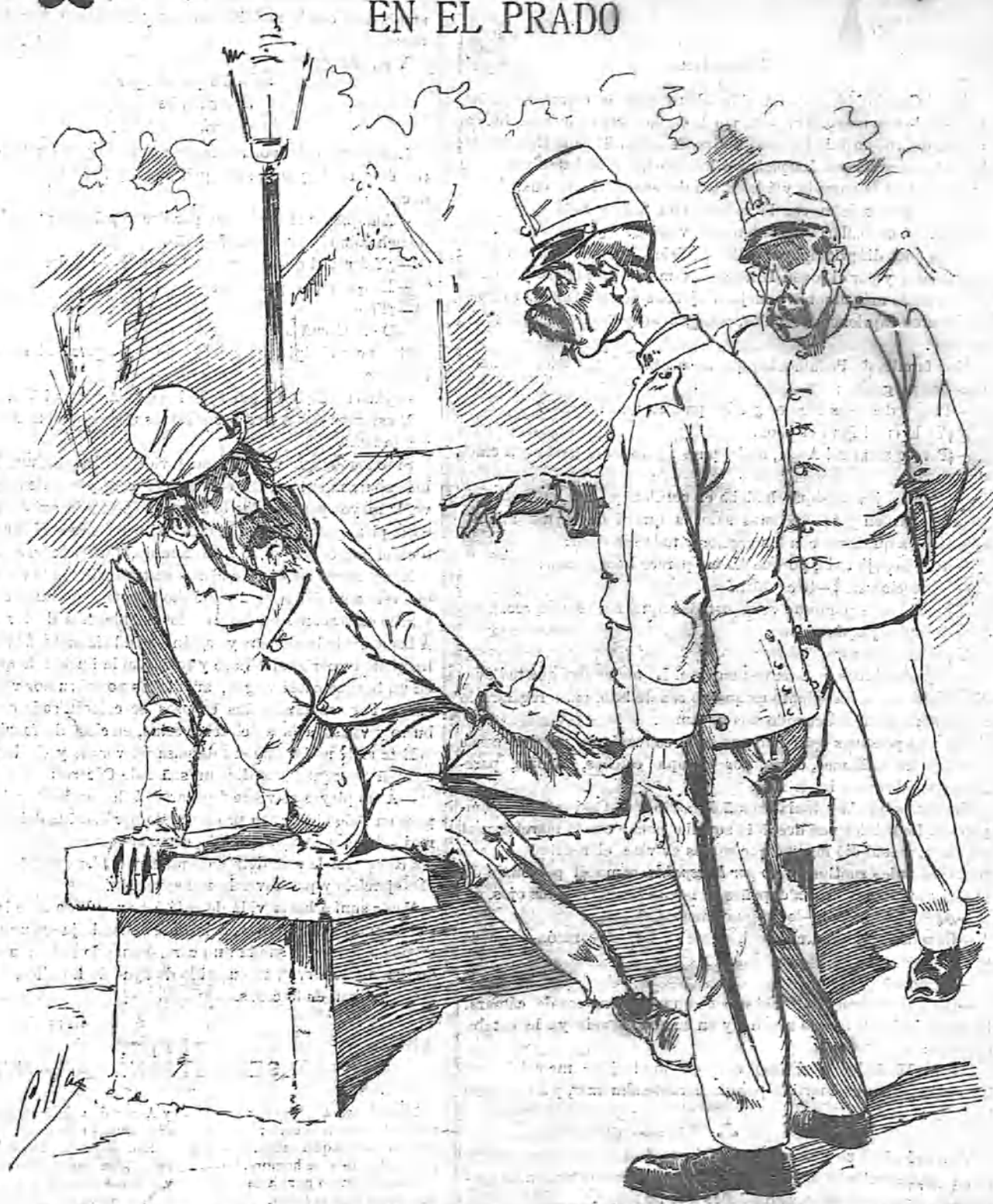




# Madrid COMICO

Director: SINESIO DELGADO

## EN EL PRADO



—¡Eh, buen hombre, arríbal! Aquí no se puede dormir.  
—Y que usted lo diga. ¡Si me hicieran ustedes el favor de traer un par de colchoncitos!...

## SUMARIO

**TEXTO:** De todo un poco, por Luis Taboada.—San Sebastián... Arana, por Eduardo Bustillo.—Cuestión de altura, por José Estremera.—Desde Valdepeñeros, por Juan Pérez Zúñiga.—De los baños de..., por Eduardo de Palacio.—El gavián y la paloma, por José López Silva.—El reloj del amor, por Alejandro Lazzabiera.—Flores, por Sinesio Delgado.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

**GRABADOS:** En el Prado.—Intimidades.—Anuncios, por Cilla.



Figueira.

En el Casino Mondego ha sido obsequiada la colonia española con dos bailes magníficos, uno por la tarde y otro por la noche, con motivo de la fiesta de la Patrona de las Españas. Se repartieron entre las señoras preciosos *bouquets* y a los caballeros se les saludó afectuosamente a la entrada y a la salida del salón. Había cuatro jóvenes encargados de mover la cabeza con finura cada vez que se presentaba un bailarín decentemente vestido.

A las once dió principio el cotillón, dirigido por una bella señorita portuguesa y por el joven Lencastre, también portugués y una de las personas más atentas y mejor trajeadas de este país. Las damas obtuvieron caprichosos regalos, con gran sorpresa de una parte del público.

Una familia de Peñamocho, que se sentaba a mi lado, no hacía más que preguntar:

—Pero todos esos regalos ¿se los pueden llevar a casa?

—¡Ya lo creo! Para eso son.

—¡Parece mentira! Anda, anda, pues no harán el gasto con cinco duros.

Una de las jóvenes que hallaba el cotillón y no ha visto más río que el de su patria ni más salones que el del ayuntamiento, se negaba a quedarse con los regalos y todo era decir:

—Aquí lo dejo todo, porque no me parece bien abusar.

—Lléveselo usted—le contestaban.

—Bueno, pues para que vean ustedes que no es desprecio, me llevaré esta cajita de polvos.

Y replicó la madre:

—Caja de polvos ya tenemos en casa. Lo mejor será que te lleves ese zbanico, y lo que siento es que no sea de luto, para regalárselo a la señora del fiscal cuando nos vayamos.

Algunas personas opinaban que sería conveniente regalar cosas útiles en los cotillones, como, por ejemplo: colchas, medias, paraguas ó moldes para hacer flan.

El caso es que la colonia española salió del Casino muy complacida. La música nos despidió aquella noche con la marcha real española, y esto dió lugar a que se nos avivara el sentimiento patrio. Casi todos sentimos *frío por la espalda*, como el personaje de Cano, y una viuda de Valdepeñas se llevó el pañuelo a los ojos.

—¿Qué tiene usted?—le preguntamos.

—Cuando oigo la marcha real, se me aprieta el corazón—dijo la viuda.

—¿Por qué?

—Porque me acuerdo de mi esposo que era yinatero de cámara. La reina Isabel le quería mucho, y en cuanto le veía ya le estaba diciéndolo:

—Oye, Mochales, el último vino que me trajiste me salió muy bueno. Tráeme una cuartilla para la hora de almorzar, y a ver cómo lo mides.

Yo no sé cómo componerme. Los de aquí se incomodan porque dicen que ridiculizo a la Figueira, y los españoles me tachan de apasionado, exigiendo responsabilidades que no tengo.

—¡Ah, bribón!—me dijo ayer un bañista recién llegado.—La vamos a matar a usted.

—¡Hombre!

—Usted dice en sus artículos que esto es precioso y que aquí se vive mejor que en Janja, y yo, fiado en sus afirmaciones, me he venido a Portugal, donde me aburro.

—¿Qué culpa tengo yo? Procure usted distraerse. Échese usted una novia ó pesque usted, ó váyase al Casino a cantar romanzas, como hace un bañista gallego con voz de tiple que está aprendiendo aquello de *El rey que robó*,

*Yo que siempre  
de los novios  
me rei...*

y pasa horas deliciosas. Casi todas las noches tiene que ir el mozo a echarle, porque él se entusiasma y no se acuerda de dormir ni de que tiene familia. Coge el piano por su cuenta, y adiós mundo amargo! La esposa de este *musicófilo* empedernido, cansada de esperarle en el hogar, se traslada al Casino llena de ira y le llena de improperios.

—Véngase usted a casa, no tío sinvergüenza, que nos está usted arruinando con la maldita música. ¿Qué horas son éstas de acostarse?

Y él, entretanto:

*Yo que siempre  
de los novios  
me rei.*

La esposa acaba por perder la paciencia y le da dos ó tres cachetes; él se enoja y grita; ella grita más, y tiene que acudir el mozo y decirles:

—Aunque no sea más que por decoro, cállense ustedes, que están manchando el nombre de España.

—¿Y a usted qué le importa?—replica el tiple.

—Es que soy español.

—¿Español?

—De la Cornia.

Entonces el tiple cierra el piano y se agarra al cuello del mozo diciendo:

—¡Cielos! ¡De la Cornia! ¡De la pequeña patria! Ven a mis brazos.

Y estampa dos ó tres besos en las mejillas del mozo, que llora de patriotismo.

Si todos los que vienen aquí tuviesen aficiones musicales, no habría aburrimiento ni me echarían en cara mis artículos; pero ya se ve, la mayor parte de los bañistas se pasan la existencia sentados en la plaza, pensando en la difícil situación de la Hacienda española ó en el humor herpético de la familia, y no procuran distraerse.

Miren cómo se distrae cierto matrimonio de la calle del Salitre que está aquí desde el 2 de Julio y come de campo todos los días y hace excursiones en burro a los pueblecillos de los alrededores. A las doce de la mañana ya están sacando la mesa a la calle, porque les gusta comer al aire libre y se forjan la ilusión de que se hallan en un bosque cuasi virgen, arrullados por el rumor vagaroso de la selva. Por las tardes los esposos se colocan cada cual sobre su burro y vanse a la aldehueta vecina, en clase de *touristas* baratos.

Ésta es la mejor manera de pasar el verano y de disfrutar de la campiña, porque como dice un señor de Cáceres:

—A las playas se viene a gozar y a hacer barbaridades. Yo no paro en todo el día; tan pronto ando por la orilla del mar sin botas, mojándome todo el calzoncillo, como me pongo a sacar agua del pozo ó a correr por la sala detrás de mi esposa. La cuestión es hacer mucho ejercicio y promover la transpiración.

Venir aquí a hacer vida de café ó a extasiarse ante la bola de la ruleta no puede ser sano, sobre todo cuando juega uno dos pesetas de pleno al 17 y le sueltan un cero, ó cuando pide uno una gaseosa de limón y le sirven un cuartillo de agua de Loeches.

Que se han dado casos.

LUIS TABOADA.

\* \* \*

## SAN SEBASTIÁN... ARANA

Nada de *mártir*, Sinesio: toda es Arana esta corte; para martirio aquel santo, para milagros este hombre.

Murió el santo por saetas que dispararon sayones,

y Arana da vida a un pueblo disparando voladores.

San Sebastián de los Reyes reina sólo por el nombre, y a San Sebastián *á secas* no hay quien hoy no le corone.

bien le corona el castillo  
de la Mota sobre el monte;  
sus pies del fiero Cantábrico  
besan las aguas salobres.  
Pero este rey *veranigo*  
que abre á España sus salones  
mientras piden las escrófulas  
que entre algas del mar las mojen;  
para qué del manto regio  
la cola no se le empolve,  
sobre sacos de garbanzos  
de Pepe Arana la pone.  
Y Pepe, que se perece  
por las regias distinciones,  
de ellas goza á su talante  
sin hallar competidores.  
De los coloniales frutos  
con las latas batió el cobre,  
y ésa fué, la de las latas,  
la base de sus millones.  
Con suerte de comerciante  
en las industrias metióse,  
y entró á cambiar las monedas  
á franceses y españoles.  
Sobre el oro y los billetes  
después en sus mostradores,

muy cerca de los garbanzos  
brillaba el taarino estoque.  
Y héroes haciendo á los niños  
el sevillano *recoite*,  
con diestros ó con *malstar*  
lleva más fondos al cofre.  
A la puerta de su casa  
siempre hay quien el *bombo* toque,  
y él solo á veces lo toca  
en sus programas disformes.  
De tal modo en ellos habla,  
que viene á decir á voces  
que *se han caído de un nido*  
los forasteros que le oyen.  
Ya está metido en pelotas,  
y, empresario de frontones,  
*monstruo* le llamó á un partido  
que *partió* á cien jugadores.  
Otros anuncia de gala,  
y, si él sigue en estos trotes,  
al fin tendremos partidos  
de gala... *con uniforme*.  
Nada de *mártir*, Sinesio;  
hoy San Sebastián es corte,  
corte alegre de milagros,  
mientras don José los cobre.

EDUARDO BUSTILLO.

San Sebastián 12 de Agosto de 1891.

### CUESTIÓN DE ALTURA

Cierto fakir en el amor de Brahma  
sintió inflamarse con tan viva llama,  
que en éxtasis un día  
en su oración decía:  
—¡Oh mi dios y señor! yo necesito  
de tu divina ciencia que me explique  
una duda cruel, baja un poquito,  
si es que con este pecador contrito  
quieres estar un rato de palique.  
Si pido mucho, mi ambición perdona—  
dijo, y cayó del cielo de repente  
un rayo, y de su lumbre resplandeciente  
el mismísimo dios surgió en persona.  
Con lo cual el fakir, anonzadado,  
al suelo, de estupor, cayó atontado.  
Pero el dios le habló así:—¡Bah! no te alteres;  
mucha ha sido tu audacia;  
pero á mí me ha hecho gracia  
y hasta tí he descendido. ¿Qué me quieres?—  
Quedó el fakir, con esto,  
de su estupor repuesto,  
viendo que era su dios muy campechano,  
y así empezó el coloquio mano á mano:  
—Poderoso señor de las alturas,  
yo pienso que tus pobres criaturas,  
que hoy son muy pecadoras,  
llegarán á la altura en que tú moras  
si tú con tu clemencia les procuras  
alas con que tender el raudal vuelo  
á la grata mansión del alto cielo.  
—¡Dar alas á los hombres! ¡Tate, tate!  
En mi vida escuché tal disparate.  
¡Pues poco volarían los taimados  
en viendo sus omóplatos alados!  
¡Alas! Pues tú presumes  
que ellos se toman pocas? ¡Majadero!  
—Señor, yo lo decía...  
—Nada, quiero  
que sigan siendo bípedos é implumes.  
—¡Ah, mi señor! perdona si te falto,  
pero insisto en que el cielo está muy alto.  
Y puesto que no quieres darme gusto,  
poco á poco irás viendo que es preciso,  
ó que renunciés á tener ni un justo,  
ó que bajas un poco el paraíso.

JOSÉ ESTREMEIRA.

### DESDE VALDEPITORROS

(CARTA Á SINESIO DELGADO)

Aquí, Sinesio querido,  
me tienes veraneando...  
y sabe Dios hasta cuándo,  
porque estoy muy divertido.  
¿Te acuerdas de que otros años  
iba de pesca ó cazaba,  
ó sólo me dedicaba  
á comer ó á tomar baños?

Pues bien, dejé los breñales  
y las playas, sí, señor.  
Este año me ha dado por  
domesticar animales.  
He enseñado á un gato negro  
á dar vueltas en la cama  
y á que á medianoche lama  
las narices á mi suegro.

Después he enseñado á un grillo  
á recitar en francés  
y á dar brincos en dos pies  
sobre el corte de un cuchillo.  
A un mochaelo que cogí  
también le acostumbé yo  
á que dijera que no  
y á que dijera que sí;  
y tal maña se da él,  
que el día menos pensado  
se presenta diputado  
y hace al pelo su papel.  
Sí, señor; como es tan listo,  
hará su papel al pelo.  
¡No será el primer mochaelo  
que en las Cámaras he visto!  
Llegué un día á no poder  
seguir con caprichos tales,  
porque no hallaba animales,  
y pensaba ya en volver  
á dedicarme al *sport*,  
cuando mi amigo don Luis  
me trajo desde París  
un queso de *Roquefort*,  
y estoy muy entretenido  
con un proyecto entre manos:  
domesticar los gusanos

del queso que me han traído.  
De la verdosa prisión  
donde viven tan campantes  
sacaré á los habitantes  
del queso con precaución,  
y aunque difícil será  
domesticarlos, yo quiero  
que antes de que llegue Enero  
ya digan papá y mamá,  
y sepan cantar la jota  
y sepan hacer calceta  
y tirar con escopeta  
y jugar á la pelota.  
Y cuando me haya cansado  
de esto á que ahora me dedico,  
voy á ver si domestico  
al alguacil del juzgado,  
y luego después... no sé,  
quizás al ama del cura;  
por más que se me figura  
que no lo conseguiré.  
Dispénsame, por favor,  
que hoy no te escriba mejor;  
pero, en fin, ya sabes cuál  
es la chifladura actual  
de tu amigo y servidor.

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.

### DE LOS BAÑOS DE...

Es la carta del año pasado y la de todos los años.  
Yo he llegado á sospechar que la conservan estereotipada en va-  
rios periódicos.  
«Señor director:  
»A juzgar por el principio, este año va á ser este balneario (ó esta  
playa) el escogido por las gentes para veranear.  
»Los trenes vienen «rebotando viajeros,» y los hoteles, casas de  
pupilos y posadas no pueden admitir ni siquiera una mosca más.  
(Esto es verdad, seguramente, porque abundarán tanto, que no  
harán falta más para desesperar á los forasteros y á los indígenas.)  
»Hasta en las casas de vacas y en las cuadras se hospedan perso-  
nas y familias importantes.  
»Los señores de Marimorena, con sus preciosas y finísimas niñas,  
están en el asilo, por no haber encontrado hotel ni casa donde hos-  
pedarse dignamente.  
»En restaurants y cafés se ve á los forasteros, unos sobre otros,  
y, para que todos disfrutemos del paseo, ha sido forzoso establecer  
un turno pacífico, por horas.  
»En el corral de la posada más capaz ha empezado á funcionar  
una compañía dramática y cómico-lírica, dirigida por el primer actor  
estival D. Rudesindo Portales (a) *Pichón*, y en la cual actúa, como  
primera actriz y tiple salteada, Herminia la *Churrena*.  
»Anteanoche representaron *la Dolores*, anoche *la Mariana* y para  
esta noche están anunciadas *Pepa la frescachona*, *Isabel la Católica*  
y *Madama Angot*.  
»La compañía es numerosa y muy aceptable, aunque modesta.  
»Exceptuando á la dama joven y tiple de gracia (que las clasifican  
así, como á los toros de regalo para obsequiar al público, en algunas  
corridas).  
»Es una chica no fea; pero tan flaca y tan triste y con la voz tan  
«oxidada,» como dicen los inteligentes, que parece que está constan-  
tamente en el «periódico agónico.»  
»El abono es respetable por la calidad y por la cantidad.  
»Seguramente estos pobres cómicos van á «sacar la tripa de mal  
año.»  
»La salud es admirable en esta población; no se registra un enfer-  
mo, no ya de carácter infeccioso, sino de carácter anciano, ni aun  
de carácter jocoso.  
»Las noticias echadas á volar por algún corresponsal de periódico  
de Madrid son falsas y malévolas.  
»Sóloamente han ocurrido dos defunciones, y para esto, han «recaí-  
do» en dos extranjeros y mayores de edad. Uno por causa de la den-  
tición y otro por consecuencia de haber chocado con un tren ascen-  
dente.  
»*Ca ne fait rien*.  
»Los bañistas no piensan en más que divertirse á toda costa.  
»Así que ni se habla de política ni de administración.  
»Todas las *soirées* tenemos carreras de caballos en el casino: de  
caballos de los cuatros palos; esto es: de oros, copas, espadas y  
bastos.  
»De Madrid han venido tres caballeros desconocidos, pero que  
han de ser personas principales, á juzgar por sus maneras: manejan  
los naipes con tal soltura que asombran á todos los aficionados.  
»Suelen ganar todas las noches; pero así da gusto perder el dinero.  
»Se trató de levantar un frontón y de alquilar un juego de pelota-  
ris barato; pero se ha abandonado el pensamiento por dificultades  
para nombrar la junta directiva y por el gasto.  
»Nos habían prometido traer una compañía de ópera, si no italiana  
del todo, «chapurrada» por lo menos.  
»Después se dijo que vendría un *morféon*.  
»Pero nada de esto.  
»El que viene, según parece, es un ministro, lo cual aumentará las

# INTIMIDADES



—¡Pues señor, estamos aviados!



Taboada en Figueras da Foz recibiendo obsequios y plácemes por *as súas bonosas revistas*.



Bustillo á la orilla del Cantábrico  
lindo á los pulmones hierro  
y á la Musa nuevos bríos.



Vital en Mieres, entregado al descanso del espíritu  
y al desarrollo de la materia, que ya pasa de castaño  
oscuro.



Jackson en Elorrio: á sabe Dios dónde, asombrando  
á las rentes sencillas con su inusitada elegancia.



Pérez Zúñiga en Cubas, cuidando del froudosco herre  
to de la propiedad,  
designando la escondida  
senda por donde han ido  
los pocos sabros que en el mundo han sido.



Elacro en San Sebastián, arrebatando los corzons:  
con su *carácter de* *carácter físico*.



Estremera en Mondariz, siendo el encanto de los  
salones y el alma de las giras con su carácter vivaracho  
y alegre.



López Silva en Villavieja de Odon, echándoles in-  
debidamente de distinguido *sportman*.



¡Sólo quedan: Eduardo de Palacio, llorando constan-  
temente la clausura de los círculos aristocráticos, de  
que era ornato y gala.



y el director y el dibujante luchando en vano ¡ay  
con los botijos y la pereza!



¡Ahora comprenderán ustedes que sólo por un medio  
gro semanal reciben ustedes el periódico!

distraerlos; porque detrás de su excelencia vendrán algunos políticos y varios pretendientes.

En caso de venir, se supone que se hospedará en la caseta de la Guardia civil, tanto por no haber otro edificio donde ofrecerle habitación, cuanto porque allí estará más resguardado.

Varias familias reciben un día á la semana á sus amigos en el campo.

Con este motivo hay giras campestres.

Disfrutamos temperatura primaveral: algo de calor al sol, y fresco á la sombra: las noches son deliciosas, porque no molesta el sol en esta localidad.

En este momento llega un tren procedente de Madrid.

¡Dios nos ampare!

¿Dónde se va á meter tanta gente?

El alcalde ha dispuesto que unos vayan á la cárcel, convenientemente habilitada, y otros sean conducidos por la Guardia civil á los pueblos de su naturaleza.

No puedo ser más extenso, porque va á salir el correo.

Por el corresponsal, que firma con tenedor,

EDUARDO DE PALACIO.

## EL GAVILÁN Y LA PALOMA

—Hija, por Dios, ¿tú eres tonta ó estás á pique de serlo en cualquier tarde.

—¿Pero á usted qué se le importa de eso? ¿Le importa á usted mucho?

—¡Me toca á usted algo? —Nada.

—¿Es usted la reina madre del ministro de Fomento pa que yo le dé á usted cuenta de mis azotes?

—No.

—¿Paes bueno?

¿Á qué viene usted entonces con gaitas y mosconeo talmente como si yo fuese una chica de pecho? ¿No ve usted que me han salido los dientes de arriba y puedo andar sola por el mundo, sin necesitar consejos de nadie?

—¡Gracias!

—¿Señora, si es que se está usted poniendo más pesada que el arroz desde hace ya mucho tiempo! ¿Digo yo algo porque usted saque un jornal de uno ó medio pa vivir, aligerando bolsillos á corrompiendo hijas honradas de familia pa que se fastidien luego, sin que haiga un padre siquiera que le astille á usted un hueso? ¿En jamás me habrá usted visto mover los labios! ¿Me meto en que usted ande poniéndole la cabeza al señor Pedro, á ca paso, propiamente lo mismo que un menemero de complot, ni en que usted lleve la ropa de adentro de medio luto, sin que haiga tenido usted ningún muerto en la familia?

—¿Jacobal...

—¡Si es verdad, señora Remedios!

—¡Pero ven acá, que tienes desarraigado el cerebro y hay que meterte las cosas con cucharita en el cuerpo! ¿Qué te digo yo, so bestia, pa que me salgas con esos insultos, cuando debías besar donde yo me siento? ¿Qué te digo yo? Na más que verdades como templos. ¿No es una mala vergüenza que trates con ese escuerzo de Pacorro, que, además de que te deforma el cuerpo, se llena el ojo á tu costa, porque no ha tenido un céntimo en su vida, ni siquiera por dónde le venga?

—¿Buena!

¿Lo dirá usted!

—Y lo dice todo aquel que tenga dos dedos de frente. ¿No da coraje que una mujer de tu mérito, con más hombres á su rabe que chinchas en otro viejo, y con dos manos que son la envidia del barrio entero, esté á las rebañaduras de otra mujer, por un mendigo que no pesa dos adarves desde los pies hasta el pelo? ¡Por amor de Dios, Jacobal! —¡Miente usted!

—¿Cómo que miento!

Pues qué, ¿no sabe usted Cristo que Pacorro y la Consuelo te denigran siete veces por semana cuando menos? ¿Es un secreto pa nadie que el matiné y el pañuelo de crepón con que preseme por verbenas y paseos ese pingo se han comprado con el sudor de tu cuerpo? ¿Hay en Madrid quien ignore que la otra noche estuvieron los dos juntos en un baile de la plaza del Progreso, y que se juntó la gente al ponerse á bailar ellos pa ver las oncenidades que hacían?

—¿Señá Remedios!

—¿No se han retratado en grupo, cogidos ya no recuerdo si de la mano ó de dónde, aunque es muy fácil el verlo? ¿Y no le ha dao ella un par de calzoncillos de precio con un rótulo que dice: ¡Oí y viva la morena! bordado en las dos pretinas á cadeneta? Pues eso me se figura que basta pa sospechar por lo menos y pa arrancarle á ella el cutis y pa arrancarle á él.

—No quiero contestarle á usted, señora, porque conozco mi genio y vamos á armarla.

—¡Ay, hija!

¿Cuándo quedará Dios del cielo que te se caiga la venda y veas lo que toos vemos, pa que no hagas en el mundo el papel que estás haciéndolo! A ti lo que te conviene tener es un hombre serio, y con posibles, que pueda satisfacer tus deseos, y no un pelambre como ese que te está tomando el pelo ca cinco minutos. Mira: yo conozco un caballero, que es amo de un negocio de no sé cuál ministerio,

y si tú le hicieras cara.

me jugaba yo el pescuezo á que te ponía igual

que á una princesa, de osequios y demás, porque te cerca de ocho mil reales de sueldo y no repara en el gasto cuando le gusta un objeto.

—Buena, mire usted, señora:

ni á mí me hacen falta osequios de ningún hombre, hoy en día, ni me se importa un pimiento de toos esos líos árabes que me viene usted metiendo. ¿Que se va con otra Pacó? Pues no me ofeada por eso, que yo me como la carne y ella se roe los huesos. ¿Que él se mantiene á mi costa? Pues que le haga buen provecho, porque á mí me engorda mucho

lo que él se mete en el cuerpo. Y en fin, señora, él es libre y yo, á Dios gracias, no tengo que ir á darle cuenta á nadie de lo que hago ó lo que pienso... Y ya hemos hablado bastante y ya se está usted saliendo pa el arroyo, si no quiere que la cambie el medio cuerpo de abajo.

—¿Á mí!

—¡Me parece!

—¡Te iba á pesarl!

—¡Va lo creo!

Pero habiendo agua en el mundo y jabón, ¿too tie remedio.

—¡Quita de ahí, so... manas!

—¡Brajal!

—¡Jacobal...

—¡Señá Remedios!!!...

J. LÓPEZ SILVA.

Villavieja de Odón 11 de Agosto.

## EL RELOJ DEL AMOR

### I

El espejo es el acusador más terrible de la mujer, sobre todo de las hijas de Venus: refleja los estragos de su vida licenciosa, las arrugas que contraen la epidermis, el cerco tenebroso que orla las mejillas, el prematuro hundimiento de los ojos que parecen sacudirse avergonzados de ser testigos de tanta ríjosa complacencia, la resaca de los labios, la pérdida del coral de las encías, la ruina, en fin, del organismo.

Así se veía Amparo, aquella mujer para la cual el amor tranquilo é idealísimo de dos almas que se arrullan como tórtolas fué siempre tema de burlas é ironías.

Y al verse tan vieja, sentía impulsos de romper la luna de azogue que en no muy lejanos tiempos copiaba un irreprochable perfil femenino, turgente, unos ojos borrachos de vida, unos labios de granada abierta, un cuello y unos brazos redondeados como los de la estatuaría griega: una mujer hermosa, con todas las seducciones, con todas las plasticidades de la afrodita.

### II

Aquella tarde, Amparo libraba la única y más grande batalla de su vida.

Quería saber positivamente si un hombre correspondía ó no á la pasión que en ella había despertado con las exigencias peregrinas de una pureza envuelta en nimbos del mayor romanticismo.

El corazón de aquella mujer resucitaba para el amor con todas las vehemencias de un tirano proscrito que triunfa y reclama sus derechos.

León acudiría á la cita: llegaría de un momento á otro, pero á Amparo hacíasele siglos los minutos de espera. Paseábase impaciente, nerviosa, de un extremo á otro del lujoso gabinetito de su casa atestado con prodigalidad de preciosas chucherías y artísticos objetos que harían la delicia del anticuario más exigente en arte retrospectivo: á ratos interrumpía su pasear caprichoso, deteníase delante de cualquier mueble, y luego, vuelta otra vez á medir la estancia con pasos desiguales, asomábase al balcón, y aunque sobre él caía de plano un solazo de Agosto, poníase de bruces sobre la barandilla y miraba á la desierta calle.

Volvía á entrar en el gabinete, parábase delante de la espléndida luna biselada de un espejo de pared y parecía quedar satisfecha de sí propia, á juzgar por la sonrisa que dibujaban sus labios ligeramente teñidos de carmín.

—¿Vendrá León?—se preguntaba no sin justificado recelo al recordar lo infructuosas que le resultaron sus argucias para atraer á aquel joven que tan mal correspondía á los halagos de una mujer que padecía hambre de amores... Lo que es ahora estaba segura de triunfar... quemaría hasta el último cartucho en la batalla amorosa y vería á sus pies al enemigo implorando perdón... Y ella... ella le perdonaría estrechándole entre sus brazos como jamás estrechó á ningún hombre.

—¡Dios!... ¡Qué despatío anda ese reloj!—murmuraba mientras que sus pies, calzados en unas primorosas zapatillas turcas, golpeaban impacientes el pavimento.

Hubo un momento en que Amparo sospechó que el dueño de sus afaes no acudiría á la cita... Fué el momento más amargo en su azarosa existencia... ¡Ab! La despreciaba porque no era una niña... ¡Gran estúpido! Como si no pudiera ofrecerle todavía sinnúmero de encantos; como si la plasticidad de su cuerpo fuera aún cosa despreciable... ¡Si viniera!...

Estaba decidida á todo: derrocharía con él todas las seducciones, todos los halagos, todas las mimoserías de que es capaz una mujer que ha hecho de la galantería un oficio, le fascinaría y— aunque fuera impropio en hembras de su estofa—le diría con los ojos entornados, moribundos de dicha:

—Te amo más que á mi vida. Esto que te digo nace de aquí, de lo más hondo (señalándose el corazón). No veas que quien te habla es una gran infeliz que creyó que el enamorarse era una tontería; no, no tengas en cuenta mis años: mi cuerpo acaeo no será para tí

tan mozo, pero dentro de él palpita por ti no sé qué afecto que jamás sentí hacia nadie... Quisiera ser una niña cándida para regalar te todas las inocencias... Lo único que pido de ti es que no me desprecies... Seré tu esclava, besaré donde tú pises, haré lo que tú quieras: seré criminal, seré una santa, seré una mala mujer, lo que á ti se te antoje que sea: eso seré... Habla, te obedeceré sin réplica... Tú eres mi señor: yo no soy nada... El tener una vida de lujos y placeres me obligó á mentir á los demás hombres, á tiranizarles... Les conduje á la ruina con refinada crueldad, gozándome de verlos tan locos y tan fatuos, hechos unos mendigos de su vergonzosa pasión; pero tú, tú eres otra cosa, alma de mi alma: los sentimientos que—sin tú saberlo—me inspiras me regeneran... Mi corazón es sincero: no te miente. Quiero consagrarme á ti, viviré donde tú vivas, iré adonde tú vayas; lo mismo á un palacio que á un desierto... En mi pasión quiero demostrarte desinteresadas abnegaciones.

Amparo le diría esto, muchísimo más... En la comedia de las pasiones nunca fué más quenna vulgar rapsodista; ahora, el demonio de un cariño tardío en manifestarse haríale ser una actriz que siente su papel.

Y al llegar á este capítulo de reflexiones, Amparo dirigía una mirada de odio al reloj de plata y bronce que había en el centro de la tabla de mármol de la chimenea. Aquel reloj era el prólogo en su vida alegre. Se lo regaló su primer amante: un hombre de muy buen gusto artístico... El reloj representaba el globo terráqueo sostenido por ninfas y coronado por un Cupido, que en el polo norte de aquel mundo de metal cantaba con candenciosos sonos las horas esmaltadas sobre su meridiano.

Amparo llamaba á esta joya *El reloj del amor*.  
¡Cuántas horas de deleite marcó su manecilla!  
—El es—exclamó palmoteando loca de contento al escuchar el timbre.

É impulsada por su ansia febril salió al encuentro de León.

## III

Anochece.

Amparo se encuentra de pie, junto á la chimenea del gabinetito. León acaba de marcharse.

—¡Ese hombre es de hielo!... ¡No me quiere, no me querrá nunca! —gimotea con hipo de llanto.—Me encuentra acaso muy vieja... muy fea... ¡Todo ha sido inútil!... ¡No volverá más!

Y llora: sus lágrimas resbalan por la pintura rosa de sus mejillas; al caer al suelo caen rojas como si fueran de sangre.

¡Cosa digna de lástima!

—Todo inútil—repite con tristeza.

Y dirige una mirada de mudo reproche hacia el reloj, que parece respetar la pena de Amparo: el isócrono tic-tac de su péndulo ha enmudecido.

La mujer nota esto: quédase pensativa, y como si respondiese á una consideración que le punza el alma hasta lo infinito de una pena irremediable, murmura amargamente:

—¡Se ha parado para siempre el reloj del amor!

ALEJANDRO LARRUBIERA.

## FLOREOS

Cuando la dulce sonrisa despliega por ambos lados los claveles encarnados que tiene por labios Luisa, baja un arcángel del cielo, la toca el rostro, se aleja lleno de orgullo, y la deja en la mejilla un hoyuelo incitante, tentador y provocativo... ¡tanto que, al verlo, el santo más santo se convierte en pecador!

Hoyuelo poco profundo, por el cual rabian de celos todos los demás hoyuelos chicos y grandes del mundo.

Lindo adorno de la piel que por no tener rival no quiere que haya otro igual ni en la misma cara que él.

Y haciéndola más hermosa por estar solo, disfruta soberanía absoluta en su mejilla de rosa,

donde enardece, y convida á dejar los labios presos aquella tumba de besos por el rubor encendida.

Como estamos convencidos los amantes desdeñados de que los besos soñados son más dulces que sentidos, ¡cuántos ¡ay! la doy así que antes de ser descubiertos mueren, y después de muertos vuelan á enterrarse allí, mientras, trémulo de amor, yo los veo con placer, pues sé que no han de poder hallar sepulcro mejor!

Y quiera Dios que mi Luisa no comprenda esta locura y cierre la sepultura suprimiendo la sonrisa, pues si me falta ese apoyo de mi amante desvarío, ¡que va á ser de mí, Dios mío, sin ver aquel hoyo? ¡Un hoyo de cuya gracia especial quedó satisfecho Dios y ya no quiso hacer das, que era lo más natural, porque residiendo en él la suma ciencia, sabía que el otro no le saldría tan bonito como aquél!

SINESIO DELGADO.

## CHISMES Y CUENTOS

Según telegramas de los puertos del Norte, hace también por allá arriba un calor insoportable.

Pero los que veranean, como si lo estuviera viendo, se consuelan unos á otros diciéndose:

—¡Eh! ¡qué temperatura! ¡Cómo estarán en Madrid ahora! Porque sería doloroso confesar que se están gastando el dinero para freírse en otra parte.

Lapsus de un corresponsal:

«Recuerdo que Felipe V se dirigió desde Hernani á Madrid por tierra y empleó en el viaje diez y siete días.»

¡Toma! y eso porque vino por tierra; si se le ocurre venir por mar... puede que no hubiera llegado todavía.

Leyendo en *El Imparcial*, no ha muchos días, «A un asno, soneto» y al pie la firma de un poeta cual no hay cuatro, —¡Váyase por otras veces (dije yo para mi sayo) en que he visto «Oda, á un poeta» y al pie la firma de un asno!

JULIO ROMERO GARMENDIA.

El cochero Moore, que llamaba compañero á Víctor Hugo y hacía veros en el pescante, está dando que hacer á todas las prensas del mundo por haber tenido el honor de disparar un tiro contra Mr. Luckroy.

Lo cual es el colmo de la *folletinería* parisiense. Porque maníacos de esos ha habido siempre en todas partes y nadie les ha hecho caso nunca.

Leo:

«El Dr. Auger administra en la tuberculosis generalizada 10 á 20 gotas de tintura de colchico en un vaso de cognac (!) todas las mañanas.»

El remedio de fijo no te cura y aun acaso podrá perjudicarte; mas por eso no debes apurarte, porque, en cambio, la pítilima es segura.

J. DE PEREDA.

Libros:

*El desolador*, drama en un acto y en verso, original de D. J. Adán Berned, estrenado con gran éxito en el Teatro Martín.

*Relatos trágicos* se titula el tomo 35 de la Biblioteca del siglo XIX, y contiene cuatro novelas interesantes de los Sres. Siles, Adán Berned, Rubio y Comas. Precio, 50 céntimos.

*Los pequeños poemas*, por D. Ramón de Campoamor (32 poemas, todos los escritos por el ilustre autor). Dos tomos con 656 páginas. *Tres pesetas*.

Los que se suscriben á *El Folletín* recibirán los dos tomos de esta única edición completa, por una peseta ochenta céntimos. A los ya suscriptores les ha salido por ochenta céntimos en Madrid, y una peseta veinte céntimos en provincias. Administración, Fuencarral, 119, y principales librerías.

## CORRESPONDENCIA PARTICULAR

K. Pa. C. T.—¡K. raciones! Eso parece una parodia de aquella desesperación que le atribuyen á Espronceda.

¡Dios nos coja confesados!

Cualquiera.—Ese es el defecto que tienen ambas cosas, que cualquiera las hace lo mismo.

Sr. D. A. B.—Vaya, puesto que es tan corta la *oda*, la voy á publicar íntegra:

¡Oh naturaleza espléndida que derrochando el fluido vital subes, admiras y struenas la tremebunda fecundidad!

¡Valiente guason está usted haciendo *odas*!

Sr. D. J. M. LL.—Un poquito larga y un bastante atrevido el final.

Sr. D. M. N.—¡Ay, ay, ay, marcecita de mi arma, qué malo es el romance!

Sr. D. I. H.—Hombre, mala cosa es empezar haciendo cantares á la vecina, y llamarla *vecina*, así, con b de palo, peor todavía.

Augusta.—Pues... siento no poder aprovechar nada.

Pérez-Oso.—Ese chiste de Somarra, ¿qué que no sabe usted de dónde es de la zarzuela *El Payaso*?

Edmundo Dantés.—Vulgaridad manifiesta. ¡Se ha dicho eso tantas veces!

Pateta.—No me gustan esas, pero me indican que usted las puede hacer bien con poco trabajo.

Carillago.—Salvo que no es soneto, propiamente dicho, ni los consonantes andan como deben, ni los versos están bien medidos todos... lo demás podía pasar.

Sr. D. R. G.—¿De dónde se puede deducir que *entrada* y *descansado* son consonantes? ¡De nada absolutamente!

Sr. D. M. Z.—Tampoco creo que *dos* y *muñío* hayan dado ocasión á que se crea que aconsonantan como Dios manda.

Ladís Lao.—Lo voy á publicar, y eso vamos ganando:

¡Ay! que no sé lo que siento,  
¡ay! me duele el corazón;  
¡ay! que debe ser de un aire  
de tu abanico creo yo.»

Ahora... usted mismo dirá si debe seguir por ese camino.

Sr. D. M. M.—¡Por Dios! Nadie molesta nunca. Los sonetos son bastante medianos. Hasta versos mal medidos tienen.

ANUNCIOS

LAMENTACIÓN



Así en el alto monte,  
perdido entre las peñas,  
decía un ermitaño,  
tras dura penitencia:  
—¡Señor! yo dejaría  
las soledades estas  
si el mundo todo fuese  
como la tiente sueña.  
¡Qué hermosas las ciudades  
serían si tuvieran  
de mónicos hidráulicos  
el suelo en las viviendas,  
baldosas especiales  
en todas las aceras,  
cocheras, cuartos, patios,  
terrazas y azoteas,  
y objetos de cerámica  
por calles y plazuelas!  
¡Mas si esto es imposible  
por falta de riqueza,  
prefiero entre los riscos  
pasarme la existencia  
soñando dulcemente  
con tantas cosas bellas!

Escufet, Fortuny y Compañía.— Alcalá, 18 (Equitativo)



Me desvelaba por una  
camisa con vistas hilo;  
se la he comprado á Martínez  
y ya duermo más tranquilo.  
San Sebastián, 2.



«Cuatro esquinas tiene Cádiz,  
cuatro tiene Cartagena,  
cuatro bolos tiene el catre  
donde duermo mi morena.»  
Catre que es una joyita  
por los ángeles labrada,  
que compré en el Bazar de  
la plaza de la Cebada.  
Número 1.



Pues señor, si fuera el mar  
de Colonia Palomar,  
perfumaría el ambiente,  
y habría mucha más gente  
que se quisiera bañar.  
Perfumería y Droguería.  
Fuencarral, 24.

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS  
COGNACS SUPEFINOS



JIMÉNEZ Y LAMOTHE  
MÁLAGA-MANZANARES



Tiene mi dulce dueño  
limpia la boca  
y por eso le adoro  
como una toca.  
¡Ay! las mujeres  
todas somos devotas  
de Tirso Pérez.  
Mayor, 73.



Se echó Quina Palomar  
Baltasar en las mejillas,  
y oye decir al pasar:  
— ¡Jesús! qué hermosas patillas  
le han salido á Baltasar!  
Fuencarral, 24.  
Droguería y Perfumería.



La vida es un puro chasco.  
¡Dichoso el mortal que topa  
con un sombrero de copa.  
de M. García Carrascal  
Carretas, 26.



— Hermosísima paloma,  
¿qué quieres?  
— ¡Qué he de querer!  
Cognac de Moguer.  
— Pues toma  
Cognac fino de Moguer.  
Sobrinos de Guinea, Carretas, 27.  
Depósito de vinos, Arenal, 2.



Cochras, granitos, ardores,  
quemaduras, erizos,  
casaca afes y hace mal  
se quita al punto, señores,  
con el Colicream virginal.  
Torres Moya, San Marcos, 11,  
y San Bartolomé, 7.



Acudiendo á mi llamada  
un traje me entregó un hada,  
de Pezquera, superior,  
porque sabía que nada  
me podía dar mejor.  
Magdalena, 20.

CHOCOLATES Y CAFÉS  
DE LA  
COMPAÑÍA COLONIAL

TAPIOGA, TÉS

50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

DEPÓSITO GENERAL  
CALLE MAYOR, 18 Y 20  
MADRID

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO E ILUSTRADO

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid.— Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.— Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.— Año, 15 pesetas.

En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.

Pago adelantado, en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

PRECIOS DE VENTA

Un número corriente, 15 céntimos.— Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Peninsular, 4, primero derecha.  
Teléfono núm. 2.160.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO